

FLORENCIA BONELLI

Aquí hay dragones

La historia de La Diana 1



FLORENCIA BONELLI

AQUÍ HAY DRAGONES

Primera Parte
La historia de La Diana

Capítulo I

*En esas largas noches de insomnio,
en el terror negro que no era por el enemigo
sino por algo dentro de mí,
nacé como lo que soy,
inseguro de todo en mí y de todo
lo que es humano.*

MEŠA SELIMOVIĆ, escritor bosnio
(1910-1982)

Londres, 6 de noviembre de 2000.

Mariyana Huseinovic, nombre de guerra La Diana, entró en la antesala de la oficina del general danés Anders Raemmers, cabeza de L'Agence, uno de los grupos militares más secretos del mundo que formaba parte de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, conocida como OTAN.

Marcada por un brutal entrenamiento, La Diana analizó el entorno apenas cruzó el umbral. Resultaba obvio que el general no había llegado. Danika e Inger, las secretarias, estaban demasiado tranquilas cuando lo normal era verlas estresadas, yendo y viniendo, luchando con la fotocopiadora o las impresoras, hablando por teléfono con un auricular en cada oreja. Incluso Inger, la más antipática, coqueteaba con el chico del sector de Tecnología y Armamento que se ocupaba de «limpiar» el despacho de Raemmers de posibles micrófonos y cámaras ocultas. Otro dato que confirmaba la ausencia de Raemmers era la veintena de periódicos que seguía prolijamente apilada cuando para esa hora de la mañana el general los había hojeado a todos.

—Acaba de llamar —le informó Danika sin saludarla—. Dijo que está llegando. Pidió que lo esperases. Tiene que hablar contigo.

La Diana asintió y se guardó de formular preguntas; sabía que no habría obtenido respuestas, sin mencionar que se lo habría considerado indiscreto. En L'Agence, el principio cardinal que se aprendía rápidamente rezaba que cada uno se ocupaba de sus asuntos y que solo se precisaba saber lo que los superiores juzgaban conveniente informar.

—¿Puedo? —preguntó La Diana, y señaló los periódicos.

Danika le entregó el primero de la pila, que resultó ser *The London Times*, y La Diana se sentó en uno de los sillones. Muchos artículos se referían a los inminentes comicios en Estados Unidos, en los que George W. Bush y Al Gore se disputarían la presidencia al día siguiente. Otro hablaba de la separación de dos pequeñas siamesas; una moriría inevitablemente. El periódico también se ocupaba de las tormentas en la Europa oriental que se habían cobrado veinte víctimas. Siguió leyendo hasta que le llamó la atención un artículo acerca de la compra de un banco, el FBF Bank, con sede en Friburgo y cuyo precio se había acordado en trescientos cuarenta y cinco millones de marcos alemanes, más de ciento cincuenta millones de dólares estadounidenses. Venía siguiendo la noticia desde hacía semanas debido a la nacionalidad del comprador, el magnate serbio Aleksandar Ilić, dueño de un imperio del cual, algunos aseguraban, no se conocían los límites. A sus tantas empresas, entre las que se destacaban una farmacéutica y una biotecnológica, ahora se le sumaba un banco, que si bien pequeño, La Diana no tenía duda de que el zar de los negocios, como lo apodaban, lo haría medrar hasta conducirlo a los niveles de las más reputadas entidades financieras del mundo.

Fijó la vista en la fotografía en blanco y negro de Aleksandar Ilić, quien, apoyado en un bastón, impecable en un traje oscuro y escoltado por dos guardaespaldas, sonreía a las cámaras y saludaba con la mano como si fuese una estrella de Hollywood. Era famoso por su carisma y su sonrisa fácil, por sus donaciones y trabajos de beneficencia, en especial para la construcción de la Republika Srpska, la entidad serbia nacida durante la guerra y refrendada en los Acuerdos de Dayton. El sector musulmán y croata se llamaba Federación de Bosnia-Herzegovina, y juntas conformaban la nación que el mundo conocía como Bosnia y Herzegovina.

La sonrisa de Ilić no la engañaba. Se preguntó cuánto de su fortuna destinaría a financiar las huidas y los escondites de las decenas de criminales de guerra serbios y serbobosnios que seguían en libertad después de haber violado todos los derechos humanos habidos y por haber. Raemmers le había asegurado que el Tribunal Penal Internacional para la ex-Yugoslavia lo había investigado concienzudamente y no había hallado nada, ni siquiera un indicio, que lo inculpase. «Entonces no lo investigaron tan concienzudamente, general», había sido su respuesta, porque estaba segura de que Ilić no era trigo limpio.

Olvidó al magnate serbio con ciudadanía inglesa cuando dos palabras de otro titular captaron su atención: «huérfanos» y «Sarajevo». Leyó el título completo: «*¿Adónde fueron a parar los niños huérfanos de Sarajevo?*». El columnista era un tal Albert Coleman, y junto al nombre se detallaba la casilla de correo electrónico. Decidida a no leer el artículo para evitarse un mal rato, la curiosidad y un sentimiento más oscuro del que no deseaba conocer la profundidad ni las motivaciones la impulsaron a devorar los párrafos.

«¿Adónde fueron a parar los niños huérfanos de Sarajevo?, por Albert Coleman.

La pregunta hace temblar: ¿dónde están los niños evacuados de Bosnia durante la guerra? Cientos de niños bosnios han desaparecido. Fueron transportados por organizaciones no gubernamentales europeas fuera del territorio azotado por la cruel guerra de principios de los noventa, y no se ha vuelto a saber de ellos.

No todos eran huérfanos. Muchos fueron entregados por sus padres a las ONG para que los sacaran de un país que solo les ofrecía un destino nefasto. Desde hace años, sus familiares, aquellos que sobrevivieron, o amigos de sus familias están suplicando que se averigüe qué suerte corrieron. Pero gritan en el desierto, como el caso de Alma y Hamid, cuyo hijo Azem salió de Sarajevo en un convoy que lo conduciría a Alemania, donde sería protegido hasta que sus padres pudiesen unirse a él. «Nos dijeron que solo a los niños se les permitiría abandonar Sarajevo, que los četniks» —Alma se refiere despectivamente a los serbios, apelativo que acuñaron durante la Segunda Guerra Mundial— «respetarían los autobuses con niños, pero no fue así. La Cruz Roja averiguó que el convoy en el que viajaba nuestro hijo cayó en manos de los četniks

antes de que pudiese llegar a Croacia. Secuestraron a siete pequeños por tener nombres musulmanes, entre ellos a mi Azem. La Cruz Roja ha rastreado a mi hijo hasta Belgrado, donde fue internado en un hospital, no sabemos por qué. Luego fue llevado a Montenegro. Allí se pierde el rastro. Creemos que le pasó lo peor, y ya hace tantos años. Temo que no volveré a verlo».

Otro caso que conmociona al mundo es el de Gordana, una niña de Srebrenica, quien terminó en manos de proxenetas en Milán y que hace poco consiguió escapar y pedir refugio a una ONG que se ocupa de combatir el tráfico sexual. «Salimos de Bosnia en avión y aterrizamos en Milán», nos cuenta Gordana. «A mí me entregaron a una pareja que me adoptaría, ya que yo había perdido a mis padres y a mis hermanos. Pero la pareja no era un verdadero matrimonio sino unos proxenetas que me obligaron a prostituirme desde los catorce años, cuando yo ni siquiera sabía bien lo que era el sexo». Lamentablemente Gordana es VIH positivo como consecuencia de este comercio aberrante.

Consultada la vocera de la ONG Defensores de los Derechos Humanos, Dorianne Jorowsky, asegura que se está trabajando con los servicios de inteligencia para averiguar sobre estos niños. «Hemos localizado a varios que fueron comprados por matrimonios ricos de la Europa occidental. Como eran niños blancos, muchos de ellos rubios y de ojos celestes, se cotizaban en miles de dólares. Este es el mejor escenario pues si bien fueron arrebatados a sus padres, han vivido en hogares y, esperamos, han sido amados y protegidos. Ahora la justicia intervendrá». Al preguntarle quiénes los vendían, Jorowsky contestó que no podía precisar nombres en esta etapa de la investigación, que era parte del secreto de sumario.

En cuanto al resto del cual nada se sabe, ¿cuáles son las sospechas? «Seré sincera», confiesa Jorowsky, «no tenemos mucha fe de hallarlos con vida. Creemos que han pasado a formar parte del circuito de tráfico de órganos, en el cual se mueven ingentes cantidades de dinero, o bien del tráfico sexual, otro negocio que se está convirtiendo en uno de los más rentables junto con el de la droga».

Las autoridades bosnias admiten que muchas veces confiaron en organizaciones con antecedentes poco claros, como la que habían fundado en aquella época el milanés Flavio Gabrielli, de dudosa reputación aun antes del inicio de la guerra, y su amigo el austríaco Klaus Lang, al que se sabe desde hace tiempo relacionado con el tráfico de armas y estupefacientes.

Se dice que Lang puso a disposición de Gabrielli su línea aérea comercial FlyFree Airways para transportar a centenares de niños. En su defensa, Gabrielli y Lang aseguran haber entregado los niños a las autoridades en los aeropuertos de destino.

Los carabinieri han intentado apresar a Gabrielli pero se ha fugado, y son sus abogados, de un estudio muy prestigioso de Londres, los que hablan por él. Lo mismo han tratado de hacer las autoridades austriacas con Lang. Interpol y Europol van tras sus huellas.

El último autobús desaparecido en suelo bosnio partió desde Sarajevo la madrugada del 6 de febrero de 1996, a menos de dos meses de terminada la guerra. Los niños que viajaban a la ciudad de Split en Croacia pertenecían al orfanato Mariscal Tito. El vehículo con los huérfanos se desvaneció y en su lugar quedaron dos cadáveres, el del chofer y el de la directora del hospicio, Olga Oltrović, hallados al borde de la ruta, a pocos kilómetros de la localidad de Međugorje, asesinados con armas de fuego. No hay testigos. Han pasado más de cuatro años desde este hecho atroz, y nada se sabe de los asesinos. Ni, por cierto, de los niños secuestrados.

En los últimos días, investigadores de Interpol han deslizado la posibilidad de que se les hubiese pagado a los padres miles de marcos alemanes (moneda de uso corriente en la ex-Yugoslavia durante la guerra) para que estos aceptaran enviar a sus hijos en los convoyes. Esta información, de verificarse, echaría más oscuridad sobre una noticia de por sí escalofriante».

Acabó la lectura con las axilas sudadas y las mandíbulas contraídas. Así la encontró el general Raemmers, que, luego de destinarle un vistazo, masculló órdenes a las secretarias sin detenerse en el avance hacia el despacho. Lo seguía Hela Hansen, una noruega a quien de espaldas se la confundía con un hombre; usaba el cabello de un rubio blanquecino al ras y sus hombros eran los de un *quarterback*. Hela Hansen y ella eran las únicas mujeres de L'Agence que «bajaban al terreno», eufemismo que se empleaba para significar que eran las únicas mujeres soldado de la institución. Las demás congéneres se desempeñaban como secretarias o bien trabajaban en otros sectores, como el de Informática.

El general se detuvo antes de ingresar en el despacho y le susurró algo a Hela. La Diana solo captó «prepara la MSM». Desde su ingreso

en L'Agence en febrero del año anterior, había aprendido que la jerga militar se componía especialmente de siglas, en su mayoría de origen inglés, como esa, «MSM», que significaba «*mission strategy meeting*», una reunión con los diferentes equipos de la organización para trazar la estrategia de un operativo.

Hela contestó en su inglés perfecto y abandonó la antesala sin saludar a nadie; era tan fría como las tierras de las cuales provenía, característica que a La Diana no solo no la fastidiaba, sino que le convenía. Padeciendo afenfosfobia o, como otros la llamaban, hafefobia, una condición por la cual no toleraba el contacto físico humano, se sentía cómoda entre personas distantes como Hela.

—Diana —llamó Raemmers, y la joven devolvió el periódico a la pila antes de dirigirse al despacho del jefe—. Cierra la puerta y siéntate.

Sabía que el general había viajado la semana anterior a Bruselas, sede de los cuarteles generales de la OTAN, para asistir a la reunión de los miércoles con el Consejo del Atlántico Norte, la máxima autoridad de la alianza. Acababa de regresar a Londres. Se lo veía tenso, demacrado. Las penalidades sufridas en el último año comenzaban a pasarle factura. La pérdida de su única nieta Birgitta a causa de una sobredosis de heroína; la muerte en un accidente aéreo de Yura Christiansen y Miki, la hija y la nieta de su mejor amigo; y meses más tarde, el ictus de su esposa Charlotte que la había confinado a una silla de ruedas, se sumaban a las presiones y a los problemas de L'Agence y de la OTAN. El general era uno de los hombres más sólidos y estables que conocía, pero todo tenía un límite.

—Te mandé llamar para anunciarte que te unirás a La Uno —Raemmers aludía a una de las dos escuadras de L'Agence— para ir tras un criminal de guerra. También participarán tres hombres de Eurocorps. ¿Quieres un café?

La Diana dijo que no. Raemmers se puso de pie y se sirvió uno. Regresó al escritorio y sorbió un trago. Las preguntas flotaban en el aire, pero La Diana no las formularía en tanto el general no la autorizase a hablar.

Conocía bien a Eurocorps, un ejército exclusivamente europeo creado bajo la órbita de la Unión Europea y de la OTAN, por el cual

el general Raemmers mostraba una indiscutible preferencia. Eran frecuentes las misiones conjuntas, como también los entrenamientos y los cursos dictados por el personal de L'Agence a los menos capacitados de Eurocorps, lo que a veces suscitaba roces entre Raemmers y su segundo en el mando, el teniente general portugués Alberto de Souza, un cuarentón simpático y bonachón con el cual Raemmers trabajaba desde hacía años y con quien, se rumoreaba, estaba de acuerdo en todo excepto en una cuestión: la preponderancia militar y política de la OTAN en el siglo XXI.

Se decía que en las reuniones del Consejo del Atlántico Norte, a las cuales se lo invitaba a participar con frecuencia, el general danés postulaba dismantelar la organización que había servido para combatir la Guerra Fría y, en su lugar, crear una institución exclusivamente europea. De Souza, por el contrario, se declaraba fanático de la alianza del Atlántico Norte y proponía redoblar el presupuesto, el armamento y el personal.

—Se trata de un criminal de las guerras yugoslavas —prosiguió Raemmers, y fijó la vista en La Diana, que instintivamente aferró los costados de la butaca—. Acabo de recibir la información. Llamé a Hela y le pedí que fuese a buscarme al aeropuerto para ponerla al tanto y ganar tiempo. Contamos con unos días. Nuestros informantes sostienen que podría estar planeando cambiar de escondite. Su nombre es Ante Dabić.

El general arrastró una fotografía a través del escritorio. El efecto de la imagen resultó devastador. Las uñas de La Diana se enterraron en la tapicería, y se resignó a experimentar el golpe en el pecho, el que ella asociaba a los recuerdos. El golpe llegó, y le cortó el respiro. Nadie, sin embargo, habría afirmado que la declaración del militar la había perturbado. Después de veinte meses en L'Agence, sometida a pruebas y entrenamientos severísimos, se había convertido en lo que tanto había deseado: una máquina.

«¿Qué esperas al pasar a formar parte de mi SF?», le había preguntado Raemmers en febrero del año anterior al proponerle que se uniese a la institución. Gracias a Eliah Al-Saud, su gran amigo y exsoldado de L'Agence, sabía que la sigla SF correspondía a la expresión *special force*, como se conoce a los grupos de élite.

Le había respondido de inmediato, sin dudar ni quitar los ojos de los celestes y penetrantes del militar: «Quiero convertirme en una máquina para matar». «Si estás dispuesta a someterte a la instrucción que aquí podemos brindarte, te convertirás en eso y en más», había prometido el general, y había cumplido.

Después de casi un año transcurrido en los campos de adiestramiento más avanzados y exigentes del mundo, percibía que, así como los músculos se le habían endurecido y contorneado y su cuerpo trabajaba con la eficiencia de un mecanismo bien aceitado, su espíritu y su mente habían adquirido una fortaleza que la desembarazaba del último vestigio de vulnerabilidad. La habían preparado para enfrentar cualquier situación. Se le habían afilado los sentidos, y sus reflejos saltaban a la menor provocación. Sabía de armas, bombas y estrategias de guerra. Era experta en destreza de campo y técnicas de supervivencia. Sabía de camuflaje, navegación en agua y en tierra, selección del mejor sitio para disparar atendiendo a cuestiones como la luz, el viento, la humedad y la distancia, como también la determinación de la dirección y del alcance del fuego enemigo. Le habían enseñado tácticas de escape y evasión, y cómo seguir a un objetivo sin ser advertida. Las destrezas en artes marciales que había comenzado a desarrollar con su maestro japonés Takumi Kaito se habían convertido en uno de los talentos que le otorgaban fama en L'Agence. Y así como practicaba *ninjutsu* y *krav magá*, también cultivaba disciplinas que la ayudaban a serenar el espíritu, como *tai chi chuan*, con ejercicios que la sumían en estados de meditación en los cuales las pulsaciones descendían a treinta latidos por minuto; jamás habría alcanzado ese nivel cardíaco sin el estado físico que poseía; no era para menos con la disciplina de entrenamiento diario que seguía al pie de la letra.

Durante el año posterior a la muerte de su amado Sergei Markov, se había propuesto transformarse en una máquina para matar y lo había logrado. Y todo por un único objetivo: dar caza y asesinar a los que las habían destrozado, a ella y a su hermana menor Leila, en el campo de concentración de Rogatica, una ciudad al este de Bosnia y Herzegovina. Aniquilaría a todos y a cada uno de ellos, pero en especial a él, a Vuk.

Y ahora, frente a la fotografía de Ante Dabić, uno de los hombres de confianza de Vuk, el pánico conocido ocho años atrás reaparecía

como si el proceso de metamorfosis sufrido en los últimos meses jamás hubiese tenido lugar. ¡Malditos fueran los serbios! ¡Y maldito su poder sobre ella! De la metamorfosis que la había transformado en una guerrera, como guerrera y cazadora era la diosa romana que le había inspirado el nombre, lo que más atesoraba no era tanto el hecho de poseer la habilidad para quitar la vida solo con las manos, sino que la hubiese despojado de su esencia de mujer. Había aprendido a los golpes que nacer con una vagina se interpretaba como símbolo de debilidad, expuesto a la lascivia y a los caprichos de los hombres. Había decidido que al igual que su guía, la diosa Diana, sería casta, cruel, vengativa y severa. Atrás había quedado el tiempo en el que, inspirada por la bondad de su amiga Matilde Martínez, jugó a la santa e intentó perdonar a las bestias que las habían atormentado y vejado. La Medalla Milagrosa a la que se había aferrado para cumplir ese noble pero estúpido objetivo había acabado en las cloacas de Ramala. En ese momento, empuñaba un arma, como su diosa lo hacía con el arco y la flecha.

—Ante Dabić, ¿te resulta familiar?

—Sí, general, aunque yo lo conocía por su sobrenombre, Zver.

—Deletréalo —ordenó el general, que se dispuso a tomar nota.

—Zulu, Víctor, Eco, Romeo. Zver. Significa «bestia» en serbocroata. No nos revelaban sus apellidos, incluso nos ocultaban sus nombres de pila. —Tras un respiro, agregó —: Zver era uno de los hombres de confianza del comandante Vuk, de quien le he hablado.

Raemmers se quitó los lentes y le destinó una de sus miradas penetrantes, que ella sostuvo con determinación. No la incomodó. La presencia de Raemmers le causaba la misma familiaridad que la de Eliah Al-Saud o la de Takumi *sensei*; al igual que a ellos, lo consideraba uno de sus maestros. Con Raemmers, sin embargo, se había forjado un vínculo más profundo. De hecho, solo al general le había hablado de Vuk. Pronunciar su nombre después de tantos años de haber luchado por enterrarlo en el olvido había significado una gran conquista. Bastaba el sonido que formaba esa sílaba, Vuk, para provocarle un temblor en el alma. La fotografía de Ante Dabić también la había hecho temblar, pero se acostumbraría, como se había acostumbrado a todo en sus veintinueve años. El general Raemmers no la vería vacilar o le prohibiría formar parte de la misión.

—¿Te sientes lista, Diana? Me has pedido participar en estas carcerías de criminales de guerra tantas veces. Pero sabes lo que opina el equipo psiquiátrico sobre esto: que no estás preparada.

—Lo estoy, general.

Odiaba a los psiquiatras y a los psicólogos, quienes con sus sonrisas condescendientes pretendían hacerle creer que sabían cómo funcionaba la mente cuando en realidad daban bastonazos de ciego. Afirmaban conocer el arte de sanar las heridas del alma, que eran incurables. Hasta ahora, lo único útil que habían hecho era ponerle un nombre a su trastorno, es más, dos nombres: afenfosfobia y hafefobia, uno más ridículo y feo que el otro.

Hacía más de un año que no concurría al consultorio del doctor Brieger, el psiquiatra que había ayudado a su hermana Leila. ¿Para qué seguir destinando tiempo y una pequeña fortuna si no estaba dispuesta a abrirle el corazón ni sus recuerdos? Si bien a Brieger le había referido ciertos episodios vividos en Rogatica y experimentado alivio al hacerlo, le había ocultado las peores vejaciones; esas eran impronunciables. Al hombre tampoco se le podía pedir que hiciese milagros si ella no estaba dispuesta a sacar fuera todo el pus.

Por obligación, asistía semanalmente a la sesión con el psicólogo de L'Agence, el doctor Carter, un presuntuoso convencido de que la ayudaba con sus técnicas de mierda. Ella, para evitar problemas, le hacía creer que sí, que la ayudaba, cuando lo único que tenía en la cabeza, lo único que le confería la energía para levantarse a la mañana era la idea de aniquilar al enemigo.

El doctor Carter tenía una pregunta obligada, que formulaba en cada sesión con una expresión entre compasiva y profesional que La Diana le habría borrado con una patada de *taijutsu*: «¿Quieres hablar de tu tiempo en Rogatica?». Como ella se limitaba a negar con la cabeza sin mirarlo, tal vez por eso el informe psicológico la declaraba no apta para convertirse en cazadora de criminales de guerra, por sus inexistentes ganas de repasar el tormento que, de oírlo, el buen doctorcito se habría hecho encima y vomitado.

—En las últimas dos misiones —expresó Raemmers— demostraste tu valía como soldado y compañero. De Souza quedó muy complacido con tu *performance*. Pero en este trabajo se juegan cuestiones personales.

—Estoy lista, general. ¿Cómo dieron con Zver? —preguntó, y se enorgulleció de la seguridad de su voz al pronunciar el nombre tan detestado.

—Gracias al trabajo que hicieron tú y tu hermano el año pasado en Belgrado con la banda de Ratko Banovic, la Interpol detuvo en Buenos Aires a unos narcotraficantes serbios. Uno de ellos aceptó convertirse en informante a cambio de protección y reducción de la pena. Ayer nos proveyó el nombre de su jefe: Ante Dabić, que en el rubro de las armas es socio de Banovic.

—Así que Zver ahora es narcotraficante. ¿Dónde se esconde?

—Ahora lo sabrás en la MSM que Hela está preparando.

—General, como le comenté tiempo atrás, estuve analizando las listas de criminales de guerra publicadas por el Tribunal para la ex-Yugoslavia y no encontré a ninguno con el nombre de pila Dragoslav.

—Ese era el nombre del tal Vuk, ¿verdad?

—Así es. «Vuk», que significa «lobo» en serbocroata, era su nombre de guerra. De hecho, el grupo paramilitar que comandaba era conocido como Vukovi Ratnici, «Guerreros del Lobo» —tradujo.

—Y en los tres años que estuviste en el campo de Rogatica ¿nunca supiste cuál era su apellido? —la interrogó el general danés sin ocultar una nota de incredulidad.

—Como le dije, se cuidaban de revelar esa información. Los soldados lo llamaban exclusivamente Vuk o comandante.

—¿Cómo te enteraste de su nombre de pila, entonces?

—Él me lo dijo —admitió con acento impostado; quería que le surgiera con un tono impasible, pese a que la memoria de aquella noche estaba conmocionándola.

El general asintió con aire severo, como si intuyese la oscuridad que se cernía sobre la breve e inocente respuesta. Eligió ese momento para abrir la bolsita de cuero donde guardaba la pipa y demás aparejos para fumar. La Diana sospechó que estaba brindándole una pausa para reponerse. Lo vio llenar la cazoleta en silencio con un tabaco holandés cuyo aroma a ella le gustaba. La serenaba el modo en que Raemmers fumaba; los ritos de vaciamiento, llenado y limpieza la apaciguaban tanto como media hora de meditación. En las dos ocasiones en que habían ido a cazar a los bosques montenegrinos,

a la hora del fogón, ella esperaba con ansiedad que el general encendiese la pipa. Hasta que se dio cuenta de que le recordaba a su abuelo Liam.

—Estuve haciendo averiguaciones acerca del tal Vuk —le confesó Raemmers—. Usé el nombre de pila que conocemos y la descripción que me diste.

La Diana se incorporó en la butaca, incapaz de ocultar el interés que el comentario le despertó; había creído que el general ni siquiera la oía mientras ella le hablaba de Vuk y le exponía su interés por cazar criminales de las guerras yugoslavas.

—¿Qué pudo averiguar, general?

—Nada. No figura en ninguna lista, ni en las publicadas por el Tribunal de La Haya ni en otras más secretas. Podría haber muerto.

—No —fue la categórica respuesta de La Diana—, está vivo.

—¿Cómo puedes expresarlo con tanta certeza después de todos estos años?

La verdad era que no contaba con certeza alguna; es más, bien sabía ella que podía estar muerto. No obstante, el instinto le señalaba que allí fuera seguía respirando y haciendo maldades.

—No lo sé a ciencia cierta, general —admitió—. Es un presentimiento muy fuerte que tengo —declaró sin visos de vergüenza pues había sido el propio Raemmers el que le había enseñado a confiar en el instinto.

—Si es cierto que aún vive, entonces está siendo protegido, como lo están Karadžić y Mladić. —Raemmers se refería a los jefes serbo-bosnios, el primero político, el segundo militar, responsables de los genocidios en Bosnia entre el 92 y el 95, en especial el de Srebrenica, ciudad natal de La Diana. Aunque había pronunciado mal sus nombres, La Diana no lo corrigió.

—General, es verdad que Radovan Karadžić y Ratko Mladić están siendo protegidos por Serbia y de seguro se esconden en Belgrado, pero al menos figuran en las listas publicadas por el Tribunal para la ex-Yugoslavia. Vuk ni siquiera figura como criminal de guerra, y le aseguro que tendría que encabezar la lista.

—Eso quiere decir que su poder es aún mayor que el de esas dos alimañas de Kara... ¿Cómo pronuncias sus nombres?

—«Ka-rad-shích. M-lá-dich». ¿Usted piensa que Vuk tiene más poder que Karadžić y Mladić?

—Era un comandante paramilitar, Diana —le recordó el general—. En el conflicto de los Balcanes, los señores de la guerra tenían más poder que las milicias regulares, si es que podemos llamar milicias regulares a las del general Mladić, que violaron todas las convenciones de Ginebra como si jamás las hubiesen estudiado en la academia. Volviendo a los señores que comandaban los grupos paramilitares, se sabe que se hicieron riquísimos con el tráfico de armas, de combustible y de alimentos. Igualmente, no creo que sea solo el dinero el que lo ha vuelto invisible.

—¿Alguna teoría, general?

Sonó el teléfono, y La Diana se puso de pie dispuesta a abandonar el despacho para brindarle intimidad al jefe.

—Es Danika —informó Raemmers—. Quédate. Todavía no hemos terminado.

Igualmente se alejó hacia el sector donde había un espacio con sillones, un sofá, mesa de centro y un mueble con una máquina de café *espresso*, variadas bebidas espirituosas y bocadillos dulces y salados que Danika e Inger reponían cada mañana. Los observó con indiferencia. A la afenfosfobia se le sumaba otra condición, la de la hiporexia, la falta de apetito. Se obligaba a comer para mantener la masa muscular y la energía. Perdida estaba la dicha que en el pasado le había producido un buen plato de comida, de esos sabrosos que le daban renombre a la cantina familiar no solo en Srebrenica sino en toda la región del río Drina. Cuando iba a París, Leila le preparaba los platos típicos de los Balcanes en la esperanza de devolverle el gozo con cada bocado. Pese a que no le había mencionado a su hermana menor acerca de la inapetencia que padecía desde hacía años, Leila, la pequeña e ingenua Leila, lo sabía, como lo sabía todo, como conocía cada recuerdo, cada memoria. Por eso no soportaba mirarla a los ojos, y con qué insistencia Leila buscaba los de ella.

Apartó la vista del espectáculo gastronómico que componían los sándwiches, los *petit fours* y los bombones, y la fijó en la pared tapizada de televisores, todos encendidos y enmudecidos en distintos canales de interés, como CNN, Bloomberg, Al Jazeera y BBC News.

Esa pared no la atraía como la que la enfrentaba, cubierta por la gigantografía de un mapa de principios del siglo XVI, el primero que contenía a las Américas, la del Sur, muy mal definida, y la del Norte, apenas un grupo de islas. Raemmers le había explicado que se trataba de la copia del globo terráqueo conocido como Hunt-Lenox, habiendo sido Hunt un especialista en arte que halló la pequeña esfera de cobre en París, y Lenox, el magnate norteamericano del siglo XIX que le dio el dinero para comprarla. Sin embargo, no era la historia del mapa lo que llamó su atención la primera vez que apreció la pieza cartográfica, sino una inscripción en latín ubicada en lo que hoy es Indonesia y que, en medio de criaturas fantásticas, rezaba: «*Hic sunt dracones*».

—«Aquí hay dragones» —le había traducido el general Raemmers—. «*Hic sunt dracones*» o «*hic sunt leones*» —le había explicado a continuación— eran leyendas que se usaban en la cartografía antigua para advertir a los marineros y a los viajeros de los peligros en ciertas zonas.

La Diana apoyó el dedo sobre el vidrio que recubría el mapa, justo sobre la frase que la había conmovido al punto de someterse a la tortura de tatuársela en el cuerpo, ella, a quien le repulsaba la cercanía de otro ser humano. En esa oportunidad, meses atrás, Matilde Martínez, que era médica, le había suministrado un calmante, la había acompañado al estudio de tatuajes en París y no le había soltado la mano mientras la artista dibujaba sobre la piel bajo la nuca y entre los omóplatos. Por qué Matilde y un puñado más podían tocarla y el resto de la humanidad debía mantenerse a distancia constituía otro de los misterios que la habitaban.

Deslizó el dedo por el vidrio y lo detuvo en el sector de la gigantografía donde se hallaban los Balcanes.

—*Hic sunt dracones* —murmuró, porque el instinto le señalaba que el monstruo en cuyo nombre de pila, Dragoslav, acechaba la palabra «dragón», la bestia que la había quebrado y convertido en ese ser inanimado, se escondía aún en la tierra que ella había llamado patria tanto tiempo atrás. La vida le brindaba la posibilidad de atrapar a Ante Dabić, quien podría conducirla a Vuk, objetivo final de su venganza. Estaba acercándose, lo presentía.

El general cortó la llamada, y La Diana regresó al escritorio. Enseguida advirtió que la mueca preocupada de Raemmers se había acentuado. Se atrevió a preguntar:

—¿Algún problema, general?

—Anoche me llamó Alberto para avisarme que habían internado de urgencia a Inés en el Hospital Saint Thomas. Se descompensó de nuevo. Le pedí a Danika que llamase para preguntar cómo seguía. Estaba pasándome el reporte.

—¿Y? ¿Cómo está?

—Diagnóstico reservado —expresó Raemmers con una mueca de agobio.

En L'Agence no era un secreto que la pequeña y única hija del teniente general De Souza padecía una afección hereditaria de la sangre llamada beta talasemia mayor. La transfundían periódicamente, vivía medicada y, a sus seis años, no llevaba una vida normal. Sufría episodios febriles recurrentes y siempre corría el riesgo de deshidratarse debido a las frecuentes diarreas. Su crecimiento y maduración presentaban un claro retraso. La Diana nunca la había visto, pero Nanuk le había comentado que era menuda, de una palidez enfermiza y con los dientes frontales prominentes, característica de los niños con talasemia mayor.

Alberto de Souza adoraba a Inés y sufría a causa del padecimiento de su única hija, por lo que resultaba doblemente loable verlo esmerarse en el trabajo, siempre de buen humor, cordial y bien predispuesto con sus soldados. Como jefe de los dos grupos tácticos, era muy querido entre su gente; Eliah Al-Saud lo recordaba con afecto. La Diana lo apreciaba y lo admiraba pues era un excelente militar.

—Lo siento.

—Yo también. Alberto y Severina —Raemmers hablaba de la mujer de De Souza— no merecen este martirio.

La Diana conocía la admiración y el afecto que los dos militares, el danés y el portugués, se profesaban. Sin embargo, en los últimos tiempos, con la cuestión del rol de la OTAN, se había enterado de desavenencias entre ellos. Como juzgó a Raemmers de un humor especial, se animó a comentar:

—General, Nanuk dice que usted es de los que sostienen que la OTAN debería desaparecer.

—¿Ah, sí? —expresó con marcado sarcasmo—. ¿Has hablado con ese ingrato últimamente?

—No. Desde que dejó *L'Agence* no he vuelto a saber de él. No contesta el celular y en su departamento no hay nadie. La muerte de su hermana Yura y de su sobrina Miki en el accidente aéreo lo devastó. Fue la gota que colmó el vaso después de lo de... Birgitta —agregó con miedo, pues Raemmers jamás abordaba el tema de su nieta fallecida casi un año atrás debido a una sobredosis de heroína.

—Lo sé —suspiró el general—. Nanuk estaba enamorado de mi Birgitta, y se culpa por no haberla rescatado de las garras de esa maldita droga. Pero ¿qué podía hacer? Si todos los tratamientos... —Se interrumpió—. Regresemos a tu consulta —dijo en cambio, y carraspeó y se irguió en la butaca; había vuelto a colocarse la máscara de jefe de *L'Agence*—. La OTAN, Diana, ha cumplido su objetivo, y su permanencia en la escena política mundial solo causa desconfianza.

—¿Desconfianza? ¿A qué se refiere?

—A que muchos creen que, pasada la Guerra Fría, para justificar la existencia de la alianza, se crearán situaciones bélicas con el fin de evidenciar la necesidad de su intervención por razones *humanitarias* —remarcó la última palabra con ironía—. Como la de los Balcanes —añadió tras una pausa, y la miró con intención.

Le dio miedo que Raemmers, un general respetado y de peso político, se refiriese a una institución tan poderosa como la OTAN en esos términos.

—¿De veras? ¿Esa sería la explicación de una guerra inexplicable?

—Los Balcanes siempre han sido un bocado apetitoso y codiciado. Es la puerta, el pasaje entre Europa y Asia. Sí, creo que las guerras yugoslavas se planificaron para que hoy la OTAN se erija como la gran soberana, con las bases militares más grandes del mundo en la región y un despliegue de miles de soldados de *paz* —y volvió a emplear la ironía para subrayar la última palabra.

—¿Qué sería de *L'Agence* si la OTAN dejase de existir?

—Desaparecería —contestó el danés—. El accesorio sigue al principal. Y tú y tus compañeros quedarían desempleados. ¡Ánimo, Diana! Eso no ocurrirá. Mi voz y la de unos pocos no harán mella en el coloso del Atlántico Norte.

A La Diana, las cuestiones políticas no podían importarle menos. Ella, a *L'Agence*, la usaba, como *L'Agence* la usaba a ella. Necesitaba de su estructura y en especial de sus sistemas de información para llevar a cabo la cacería por la cual vivía. Y así como a ella le interesaba que la institución continuase, no le resultaba difícil imaginar las intrigas gigantescas que se tejían en torno a la permanencia de una organización militar millonaria. Temió por Raemmers, pues por más que él sostuviese que nadie lo escucharía, a ella no la engañaba con su falsa modestia. El general Anders Raemmers era una personalidad reputada e influyente, con más de treinta años en la organización. De hecho, cuando Javier Solana había cesado en sus funciones en octubre del año anterior, el nombre de Raemmers se bisbiseaba en los pasillos de la sede en Bruselas como el favorito para ocupar el cargo de secretario general. La muerte por sobredosis de Birgitta y el posterior derrame cerebral de Charlotte, su esposa, lo obligaron a desistir de las aspiraciones a ocupar el sitio que le habría conferido la autoridad para llevar a cabo el plan de desmantelamiento que hasta el momento había callado y que, después de los trágicos eventos de su vida, comenzó a expresar a viva voz a sus colegas, entre los que había encontrado pocas simpatías y mucha oposición, como la de su amigo y segundo en el mando Alberto de Souza. Si Raemmers se decidía a sobrepasar los límites de la OTAN y hacer públicas su postura en la prensa y en la ONU, se armaría un escándalo que despertaría la furia de los poderosos de la Alianza del Atlántico Norte. Despertaría a los dragones de los que hablaba el mapa de Hunt-Lenox.

Sin pensarlo, murmuró:

—*Hic sunt dracones.*

Raemmers soltó una carcajada, que la sobresaltó por lo inesperada e inusual, sobre todo en ese último tiempo.

—Sí, querida Diana, aquí hay dragones. Dragones en traje y corbata, sin armas de fuego ni cuchillos ni granadas como los que tú y tus compañeros llevan en cada misión, pero mucho más peligrosos que el mejor soldado de élite, te lo aseguro.

—No los despierte, general —se atrevió a recomendar, y no le importó si lo irrespetaba; de pronto temió por el futuro del hombre al que, muy a su pesar, había aprendido a querer y a admirar.

—Me temo que ya lo hice. —El general consultó la hora y declaró: Vamos. Hela está esperándonos en la sala de estrategias para empezar la MSM.

Siguió al general con desánimo; se recriminaba no haber aprovechado la disposición abierta del militar para preguntarle por Nanuk Christiansen. No se había animado. Nadie le quitaba de la cabeza que Raemmers sabía más de lo que revelaba acerca del mejor soldado de L'Agence, el hijo de su amigo de la infancia. Se reprochaba sucumbir a la soledad y a la tristeza, pero lo cierto era que la agobiaban desde la desaparición de Nanuk.

Después del asesinato de Sergei Markov, su novio, su gran amor, había jurado cerrarse a los sentimientos. Encariñarse con las personas, aun con los animales, la exponía a un sufrimiento potencial cuya mera idea la asustaba. Habría sido igual no proponérselo en vistas de los resultados, pues, de un modo u otro, sus siete compañeros de escuadra, aun los ocho de la otra, se habían ganado un lugar en su corazón. Era casi imposible no quererlos conviviendo la mayor parte del día y compartiendo el peligro en cada misión. La confianza era infinita; dependían el uno del otro.

Markov, se recordó, había dependido de ella. La angustia que le provocaba la imagen de su cuerpo sin vida, cubierto de sangre, la obligó a alterar el paso, que se volvió más lento, más pesado. Inspiró profundo para controlar el ataque de pánico. Lo había defraudado, y su defección le había costado la vida. La muerte de Markov se había convertido en una de las cargas más abrumadoras que arrastraba, quizá tanto como la otra con que el destino la había desafiado: los años en Rogatica.

—¿Qué leías en el periódico?

La pregunta de Raemmers la tomó por sorpresa. Lo observó responder al saludo de venia que le dirigió Atsa Adakai, uno de sus compañeros; a ella, Atsa le guiñó un ojo.

—¿Cómo dijo, general? —Apuró el tranco para alcanzarlo.

—Cuando entré en mi despacho, leías algo en el periódico, algo que te afectaba. —El danés la escudriñó por el rabillo del ojo sin disminuir las zancadas que lo conducían a la sala de estrategias.

«¿Adónde fueron a parar los niños huérfanos de Sarajevo?», eso leía. No obstante, respondió:

—Un artículo sobre Aleksandar Ilić. Acaba de hacerse con un banco de Friburgo —agregó con acento desaprobatorio.

—Diana, no todos los serbios son criminales.

—Tal vez —dijo sin convicción—. Ilić está comprando empresas como si fuesen hogazas de pan, sobre todo semilleras. ¿Por qué? ¿Con qué fin?

—Semilleras, sí —ratificó el general—, y ahora se le dio por adquirir una empresa militar privada.

—¿Cómo? ¿Una empresa de mercenarios?

—A nuestro amigo Eliah Al-Saud no le gustaría que llamasen empresa de mercenarios a la Mercure. Le tiene mucho cariño a su criatura.

No prestó atención a la broma y siguió cavilando acerca de la noticia que el general acababa de proveerle. Leía los diarios concienzudamente y no recordaba haber visto siquiera una conjetura al respecto, ni de los periodistas de investigación mejor informados.

—¿Cómo lo sabe, general?

—Ah, tu viejo general, querida Diana, todavía posee uno que otro contacto importante. Y ya sé qué vas a preguntarme, a qué empresa Ilić le puso el ojo. Eso no lo sé.

* * *